



JUDITH

A Enrique López Alarcón.

Sobre el lecho más blanco que la nieve
Holofernes dormita, fuerte y bello,
y al respirar se ponen de relieve
las anchas venas del nervudo cuello.

La púrpura triunfal del cortinaje
Judith descorre cautelosamente...
Tenaz el pecho palpitar se siente
cual si quisiera desgarrar su traje.

A la luz de la lámpara amarilla,
la hoja desnuda de su alfanje brilla
y fulgen sus pupilas de neblías.

Y segada á cercén por el acero
salta la hirsuta testa del guerrero
salpicando la alfombra de rubíes!



MOISÉS

A Manuel C. rci-González.

A contemplar su estatua frente á frente
Miguel Angel tembló... Tan viva era
que para ser humana solamente,
le faltaba la voz. Con faz severa,

todo de orgullo y de creación temblando:
—¡Parla!, dijo á la estatua, dando un grito,
é inmóvil se quedó, como esperando
que se abriesen las fauces de granito.

Los ojos llenos de extrahumano brillo,
obsesionado por tan loca idea,
—¡Parlat, grita otra vez, con voz más alta...

Y levantando su creador martillo,
en las rodillas de Moisés golpea
hasta que el mármol se estremece y salta.



HOMENAJES



SALUTACION

Al Excmo. Sr. D. Roque Saenz Peña.

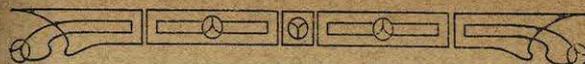
Que la gloria levante triunfal arco de flores,
Señor, á vuestro paso, porque sois noble y fuerte,
moldeado en el bronce de los Conquistadores
Y habéis sentido el trágico aullido de la Muerte!

Porque sois el orgullo de la patria argentina,
y al sajón egoista, con esa claridad
hija del sol y el cielo de la estirpe latina,
respondísteis: «¡América para la Humanidad!»

Por lo que haréis, por todo lo que ya tenéis hecho,
 recibid estas flores del solar español;
 ¡la vieja madre España se las quita del pecho,
 y el león de su escudo saluda á vuestro sol!

¡Que la sangre no manche vuestra pródiga tierra,
 que jamás una nube empañe vuestra faz!
 ¡Sobre el laurel heroico, símbolo de la guerra,
 que proyecte sus sombras la oliva de la paz!

Como solemne augurio recordad este día,
 y en medio de las luchas y la tribulación,
 soñad también un poco, y dad á la poesía
 lo más noble y más puro de vuestro corazón!



LA MUSA DE MARTÍNEZ SIERRA

Un clamor de claras campanas resuena;
 su collar de perlas rompe el surtidor;
 florece la aurora, y la vida es buena
 porque está hecha para la paz y el amor.

Como golondrinas, olorosas manos
 quitan las espinas que ciñen las frentes...
 Lobos y corderos parecen hermanos;
 anidan palomas entre las serpientes.

Remanso de ensueño... Vida cotidiana,
la vida de esas castas soñadoras
que aguardan al novio tras de la ventana,
bordando el milagro azul de las horas.

El amor nos brinda su poma madura;
bajo los rosales se oculta el abismo...
¡Hay tanta alegría, que hasta la amargura
tiene un confortante dejo de optimismo!

Espejo de plata, vereda florida...
Gloria en las alturas y paz en la tierra,
luz y amor en todo... ¡Tal mira la vida
la musa optimista de Martínez Sierra!

¡Oh, musa que engarzas tesoros dispersos
y enjugas el llanto que ciega la pena,
prodigando á todos la sangre en tus versos
como Jesucristo en su última cena;

sé como una lluvia de paz y cariño;
y á aquel que maldice su negra fortuna
aduerme en tu seno, lo mismo que á un niño,
cantando tu nueva «Canción de la Cuna.»

Al través del tiempo y el espacio escucho
las palabras con que tu voz perdonó,
á la Magdalena porque amaba mucho,
y á Luzbel—el odio—porque nunca amó!

¡Sigue, santa musa, posando tu boca
sobre las heridas de la Humanidad,
con tus negros sayos y tu blanca toca
igual que una hermana de la Caridad!





LA MUSA DE EDUARDO MARQUINA

A tu conjuro mágico, sobre esta vieja tierra
que dió á tu musa trágica sus músculos de hierro,
las glorias castellanas abandonan su encierro;

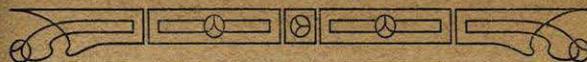
y tinto en sangre todo, en su corcel de guerra,
paladín de ancestrales y futuras venganzas,
entre el polvo y la sangre y el clamor de la lid,
cabalgando entre un bosque de escudos y de lanzas,
vimos pasar la sombra legendaria del Cid.

Por tí Doña María la Brava, resucita,
agitando su crespa melena de leona,
y el Rey de los Cántigas taciturno medita
en el pesado y férreo yugo de su corona.

Y tendidos al viento los sangrientos pendones,
grandes en las victorias y en las derrotas grandes,
bajo el fuego enemigo, como heridos leones,
desfilan los soldados de los tercios de Flandes.

¡Tú eres nuestro poeta! Sobre tu yegua blanca
armado como un héroe, atraviesas la Historia,
y en la carrera, el casco de tu corcel arranca
cegadores y eternos relámpagos de gloria.

En tí revive el ímpetu del alma de Castilla,
el hierro del presente y el oro del pasado,
como si en tus estrofas se hubiesen reencarnado
la inspiración de Lope y el genio de Zorrilla!



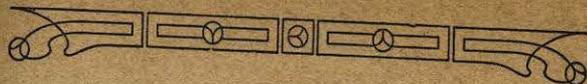
A ALBERTO A. CIENFUEGOS

A ma, Alberto, la vida ingenua y vorazmente,
y en el paradisiaco jardín de la existencia,
sigue siempre el consejo del Insfinto serpiente,
y muerde en la manzana del Bien y el Mal la ciencia.

Con la santa impudicia de un niño, sonriente,
de todos los prejuicios desnuda tu conciencia,
y báñate en el arte igual que en clara fuente
para que con sus aguas purifiques tu esencia.

Haz, de tu carne viva, como una ardiente llama
de Amor... ¡Gózalo todo!... la pupila que ama
en todo cuanto vive, hallará la Belleza...

¡Y que sea tu espíritu igual que un instrumento
musical bien templado, que al agitarlo el viento,
copie todos los cantos de la Naturaleza!



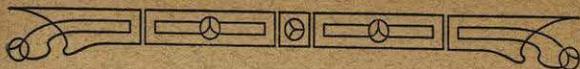
A GINÉS DE ARLÉS GARCÍA

Con tu viejo retablo cargado de ilusiones
te alejas entre el polvo del camino real...
Más de una virgen, pálida, musita tus canciones
y tu nombre de antiguo trovador provenzal.

El poder te intimida, y el fasto te avergüenza,
y prefieres al lecho de plumas de un señor,
dormir bajo los clásicos olivos de Provenza
escuchando, entre sueños, trinar al ruiseñor.

Porque eres bueno, y eres como una golondrina
fugitiva y piadosa; que en la vetusta encina
ofrezcan á tus labios los panales su miel,

que nunca tu sonora juventud tenga ocaso,
y que el amor y el Arte arrojen á tu paso
un manojo de rosas y un ramo de laurel!



CENICIENTA

L evemente,
L suavemente
te presiento,
como un vago pensamiento
que se siente
y no se vé...

Cenicienta ¿dónde has ido?
En mis manos sólo queda
—oro y seda—
un girón de tu vestido
y la leve zapatilla de tu pie...

Dónde fuiste, sombra... bruma...
flor de espuma?
Y el silencio me responde:
—No sé dónde,
para siempre ya se fué!



MADRIGAL

Siempre suspirando,
rosa carmesí,
siempre suspirando...
y siempre por tí!

Te vieron mis ojos
un amanecer...
Te vieron mis ojos...
y no han vuelto á ver!